

¿Por qué "Partiquino"?

Existe un hermoso soneto de Guillermo Blest Gana, hermano del autor de "Martín Rivas", en el que el poeta, sintiendo acercarse el fin de su existencia, pasa revista a lo hecho en su vida para llegar a la conclusión que lo único que le aflige es no haber amado más y agrega: "yo que creía, yo que pensaba haber amado tanto".

Cuando se es joven se piensa que hay tiempo para todo, que alguna vez se cumplirá esa ambición escondida que se tiene y que aún no se ha realizado, pero con el correr del tiempo lo no hecho y ambicionado se termina por convertir en una irremediable frustración.

No haber amado más fue la frustración final de Guillermo Blest Gana y cada hombre carga con la suya cuando advierte que el plazo se cumple sin lograr lo soñado. Todos tenemos frustraciones, el hombre o mujer totalmente realizado o no existe o, si existe, es porque fue poco o nada lo que ambicionó.

Días atrás al releer el soneto de Blest Gana me puse a fantasear en qué es lo que yo diría si se me hubiese ocurrido escribir un soneto que, como aquél, se iniciara con un melancólico:

"Al llegar a la página postrera de la tragicomedia de mi vida..."

Lo primero que se me vino a la cabeza fueron las clases de canto en el colegio. Mi única ambición era cantar, aunque no fuera de solista, simplemente integrando el coro, pero era opinión unánime que tenía un oído de tarro lo que yo obstinadamente me negaba a aceptar. Al iniciarse cada año me acercaba al profesor de música, el distinguido compositor Carlos Melo Cruz, que nuestra mala lengua estudiantil había apodado irrespetuosamente como "el burro Melo" y le pedía que me probara. Con paciencia, el burro... per-

dón, el Maestro Melo se sentaba al piano y pretendía que yo siguiera con mi voz la escala musical. Al final, la sentencia era inapelable.

—"Partiquino —me decía solemnemente el Maestro—, lo que Dios no da, Salamanca no presta". Y luego, indicando con su índice el fondo de la sala, me ordenaba: "¡a la Siberia!".

Muchos años han transcurrido desde ese reiterado exilio musical y aún sigo pensando que mi mayor frustración es no haber podido jamás cantar, ni siquiera en esas fiestas en que todos, desinhibidos por el alcohol, se unen en improvisados coros. Aún ahí, al poco de iniciar mis fraseos melódicos, voy sintiendo que los demás se apartan discretamente para no ser influidos por mi singular entonación.

Las frustraciones son cosas serias, se les mete a uno en el alma y se expresan por donde menos se piensa. Me sucedió con un amigo muy íntimo que me preguntó el porqué de este seudónimo que uso en esta columna. Le dije que era un seudónimo como cualquier otro, que era lo primero que se me había ocurrido, pero mi amigo no se sentía satisfecho con esta vaga explicación e insistía en preguntar el porqué del Partiquino y no otro seudónimo.

Y se me produjo la revelación. Había elegido el seudónimo de Partiquino porque, a estas alturas de la vida, ya había aceptado no ser ni un divo de la ópera, ni siquiera un segundón, ni tan apenas un miembro del coro, pero, al menos, conservaba en la intimidad de mi corazoncito la posibilidad de ser un partiquino, de esos que, al menos, en un espectáculo operático dicen dos palabras cantando: "Pase, señor" o "La cena está servida", y ya que ni eso he podido ser, al menos mi frustración se aminora al firmar como ahora firmo.

PARTIQUINO